

Las visiones de Ernesto Laclau y los trucos de Chantal Mouffe¹

Jacques Bidet

Profesor Emérito Paris Nanterre

Traducción Ricardo Bernal

No existe ninguna ruta nueva en la política que no requiera de nuevas voces en la teoría. Por lo mismo, el populismo de izquierda se ha acompañado de “nuevos filósofos” creadores de una “nueva izquierda” y de un “nuevo pueblo”. Sin duda, en Europa del Sur los más notables son Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, pareja en la vida privada y en el trabajo teórico. Sin embargo, para apreciar su contribución, para comprenderla, es necesario desasociarlos, seguir el desarrollo de sus respectivos enfoques, convergentes políticamente y, a pesar de ello, muy distintos conceptualmente. En este texto me centraré en la contribución de Chantal Mouffe, especialmente en su último libro, *Por un populismo de izquierda*, aparecido en inglés y en francés en 2018, y que sin duda marca su etapa más reciente. Me parece tanto más apropiado que se dirija, entre otros, a un público francés afirmando su deuda intelectual con Jean-Luc Mélenchon y François Ruffin² y su afinidad política con la Francia Insumisa,³ citada como ejemplo de una elección “partisana”, tal como lo subraya Mouffe.⁴

Partamos sin embargo de lo que se puede considerar como su base común, presentada en *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una política democrática radical*, aparecido en la editorial Verso en 1985 y recibido en el seno de la izquierda radical europea como un libro importante. En ese entonces Laclau ya tenía una experiencia vivida del “populismo de izquierda”, la de una “izquierda nacional” en el contexto argentino. Sin embargo, esta temática no figura en el programa de esta obra consagrada a la elaboración conceptual de una “nueva izquierda” más allá de la socialdemocracia. En dicha obra Laclau y Mouffe se proponían “radicalizar la democracia”, es decir, ampliar su campo apoyándose en las exi-

¹ Este texto fue publicado originalmente en MEDIAPART en 2019. Ha sido traducido con la autorización del autor.

² Jean Luc Melenchon es un político francés, candidato a la presidencia en 2017 por el partido político de izquierda Francia Insumisa; Francois Ruffin es el creador del partido político regional Picardie Debout.

³ La Francia insumisa es una plataforma política fundada en 2016 de cara a la candidatura presidencial de Jean Luc-Melenchon [N.T.].

⁴ Chantal Mouffe, *Pour un populisme de gauche*, (Francia: Albin Michel, 2018), p.21

gencias de igualdad que, especialmente después de 1968, se extendían más allá de la esfera económica hacia el feminismo, el antirracismo, las luchas urbanas, antinstitucionales, etc. En ese sentido, se comprometían con una crítica a la socialdemocracia considerada por ellos como culpable de haberse encerrado en la “clase obrera”. Esta clase, definida por el lugar central que ocupaba en la producción, supuestamente representaba una alternativa a la dominación social, concebida como esencialmente capitalista. Desde su perspectiva, en cambio, la relación capital/trabajo no es más que un elemento entre otros, de igual importancia que los demás en una sociedad compleja y fluctuante donde las identidades se construyen en múltiples relaciones sociales. En adelante, la fuerza propulsora vendría de los nuevos movimientos sociales, de los que ellos serían herederos. Se trataba, por tanto, de *reconstruir la izquierda* desde una base más amplia.

En un segundo periodo iniciado en el año 2000, se observa en sus trabajos desarrollados de forma separada, una nueva preocupación: la degeneración de los partidos socialdemócratas transformados en formaciones de centro-izquierda que alternan con partidos de centro-derecha mediante políticas casi idénticas. En este caso, la actualidad política se localiza en el contexto tanto del neoliberalismo como del ascenso de los populismos; y de lo que se trata es de (*re*) *construir el pueblo*. Aunque este proyecto sobrepasa al anterior no lo hace desaparecer porque se trata de un populismo de *izquierda*. Laclau desarrollará sus argumentos desde la semiótica y el psicoanálisis; Mouffe desde el contexto universitario de la filosofía política. Sin embargo, la nueva dinámica emancipatoria que tienen en mente se sigue fundando en los movimientos sociales, llamados a la construcción de una hegemonía populista de izquierda mediante la “puesta en equivalencia” de diversas demandas democráticas –*es decir, de igualdad*– privilegiadas por ellos. **La reconstrucción de la izquierda, metamorfoseada en construcción del pueblo, se mantiene en la agenda. Sin renegar de ello, los teóricos de la nueva izquierda se convierten en los teóricos del populismo.**

1. Hegemonía y estrategia socialista, la obra fundadora

De entrada, insistamos en las convicciones teóricas comunes que permanecen inmutables en ambos periodos. Esto es, su cruzada al mismo tiempo contra el liberalismo dominante y contra la deriva centrista de los partidos socialdemócratas. Pero, paradójicamente, sus argumentos para desplazarse hacia la izquierda se sostienen en una crítica al marxismo. A inicios de los años 80’s estos autores se dirigen, en primer lugar, a una inteligencia de izquierda, europea y sudamericana, heredera de una tradición de análisis social inspirada en Marx. Toman como referencia a esta figura tutelar y dialogan con autores que se revindican

Primera revisión

marxistas como Zizek o Negri, pero en realidad introducen una aproximación muy distinta. Aunque, evidentemente tienen razón al buscar otras fuentes de reflexión, resulta importante saber qué uso hacen de ellas. Con toda razón, Laclau y Mouffé invitan a desconfiar de aquel esencialismo social que comprende las clases como bloques fijos que aglomeran identidades homogéneas. De esta forma, ponen el dedo en un punto sensible si pensamos por ejemplo en lo que se ha denominado como el “obrerismo” de los partidos comunistas. No obstante, su modo de operar es radical: **al arrasar con los esquemas realistas de tipo materialista, sobre los que el marxismo por lo demás no tiene el monopolio, introducen una aproximación estrictamente *politista* de lo político.** Ya en Gramsci, de quien se reclaman seguidores, la preocupación teórica proviene esencialmente de lo político (como lo subraya Althusser en un panfleto mordaz de 1978 publicado en PUF en 2018 con el título *¿Qué hacer?*). No obstante, Laclau y Mouffé van más lejos, desde su perspectiva, en la medida en que se refiere a “clases fundamentales” y a un “centro único hegemónico”, Gramsci conserva todavía “elementos esencialistas”.⁵ Se necesita cambiar radicalmente la base del análisis: hace falta partir de una pluralidad de espacios políticos y sociales que no se relacionen con ninguna unidad fundamental última.⁶ El todo social no presenta en sí mismo ninguna suerte de unidad y el curso de la historia, en la que se entrelazan esos elementos heterogéneos, depende de la puesta en práctica de *proyectos* políticos. En ese sentido su planteamiento se explica tanto por referencias filosóficas prestigiosas como Saussure, Wittgenstein y Derrida, como por la proximidad manifiesta con Francois Furet y Claude LeFort.

Aunque hacen alusión al “capitalismo avanzado”, al “neoliberalismo”, etc., para ellos éstas no son sino realidades “empíricas”, empíricamente dadas. No obstante, para retomar los elementos clave de su terminología, en el plano “ontológico”, el “orden social” no está hecho mas que de “prácticas sociales” sedimentadas más allá de las cuales sería vano buscar una “objetividad” –se trata de su propia expresión– como la de una “estructura social” o un “sistema social” reproductibles. Es en este sentido que estos autores se definen como “postestructuralistas», para ellos la sociedad es un espacio discursivo, estructurado por el discurso. Por sí misma, la pareja estructural capitalistas/asalariados nos ofrecería muy poco porque son los “proyectos hegemónicos”, puestos en práctica por “bloques hegemónicos” opuestos, los que estructuran la sociedad. Ahora bien, el bloque de los de abajo no puede construirse más que por la unión de los “grupos sociales” (es su terminología) que lo constituyen –obreros, mujeres,

⁵ Ernesto Laclau et Chantal Mouffé, *Hégémonie et stratégie socialiste*, (Francia, Verso, 2019), p. 248-

249

⁶*Id.*, p. 252

inmigrantes, desempleados, desalojados, etc. Esto implica que sus respectivas pretensiones y las luchas motivadas por ellas, presuntamente ajenas entre sí “ontológicamente”, sean puestas en “equivalencia” (también es un término suyo), es decir, que se reconozcan mutuamente con el mismo valor. Respecto a los sujetos sociales, ellos afirman que no tienen la fijeza que se les atribuye cuando son definidos socialmente por su pertenencia a una clase social: los propios sujetos están en construcción permanente, identidades móviles en interferencia con múltiples pertenencias fluctuantes.

Desde su perspectiva, el “obstáculo principal” es por tanto el “clasismo”⁷ que se traduce en “estatismo y en economicismo”.⁸ A lo largo de las páginas del texto no se puede dejar de simpatizar con un discurso tan preciso en su oposición a un marxismo aludido constantemente en filigrana. Esta crítica sería perfectamente convincente si no se tratará de un marxismo extremadamente conveniente: una mezcla de ese hegelo-marxismo de la década de 1950 que sublima el propósito de Marx en filosofía humanista y de un DIAMAT obsoleto desde la década de 1930. ¿Qué pretendido marxista no suscribiría actualmente la descripción de esta individualidad moderna siempre múltiple y móvil? No obstante, así “descrita” sólo es una realidad “empírica” de la que hace falta “dar cuenta”. Esto último es precisamente lo que han intentado hacer los sociólogos realistas en términos de *interseccionalidad* o de *consustancialidad* de diferentes *relaciones sociales*. De esta forma se designan las relaciones de sexo, de clase, de nación (las relaciones de raza como, a mi parecer, lo muestra la literatura antropológica son una combinación de esas tres relaciones sociales *primarias* en cierto sentido). Y se puede poner en duda que tales relaciones se reduzcan a “posiciones de sujeto” o a los proyectos a los que pueden dar lugar, por encima de los cuales no habría ninguna “objetividad más profunda” que buscar. En suma, uno se pregunta qué se gana al transformar hasta este punto el marxismo en algo tan negativo, al “esencializarlo” así. No sería mejor tomar distancia respecto de él, buscar esclarecer sus límites, sus debilidades, sus errores -sin hablar de los crímenes cometidos en su nombre- y aquello que cabría esperar del potencial de análisis social e histórico que ha introducido en la cultura moderna y que sólo ha tenido sentido cuando ha sido sometido a crítica mediante otros recursos teóricos.

¿Acaso no fue Marx quien en su célebre sexta *Tesis sobre Feuerbach* postuló que la esencia humana es constituida por “el conjunto de las relaciones socia-

⁷ Por “clasismo” aquí el autor no entiende la manifestación de un desprecio vinculado a la pertenencia a una clase social, sino aquella postura filosófico-política que supone que los sujetos políticos se definen esencialmente por su pertenencia a una “clase social” [N.T].

⁸ *Id.*, p. 305

les”, y quien también explicó que lejos del *en sí* o el *para sí*, la identidad subjetiva es objeto de una *construcción social*? Nada menos esencialista que preguntarse, ¿cómo “se deviene mujer”?, o, ¿cómo “se deviene proletario”? Por ello es comprensible que Marx también pueda inspirar la reflexión sobre el pluralismo y la fluctuación de las identidades. No obstante, aquí no sólo se trata del marxismo. Resulta significativo que en estos autores un concepto necesario para la intelección de lo “social” y por lo mismo de lo “político” como el de *reproducción social* –esto es, el de una estructura (de clase, de parentesco, de sexo, de Estado, etc.) que se reproduce mientras se transforma–, generalmente presente en las teorías de la sociedad, no tenga cabida. **Laclau y Mouff e no hablan tanto de relaciones sociales [rapport sociaux], sino de vínculos sociales [relations sociales]. Y no porque en inglés la palabra sea la misma relation,⁹ sino porque desean ignorar estas objetividades más profundas... que son las estructuras sociales.**

En otros términos, para decirlo en el lenguaje de Marx, pero también en el de cualquiera de sus equivalentes en cualquier otra aproximación realista crítica: **ellos consideran la “superestructura” sin interesarse por la “infraestructura”**. En suma, hacen a un lado la cuestión de la estructura que es la cuestión de la relación (compleja) entre estos dos términos. En esas condiciones, somos lanzados a una historicidad aleatoria y voluntarista que proviene de la capacidad de ciertos proyectos para imponerse sobre otros. A eso se le llamaba antes *idealismo*. Idealismo histórico. Así es como, desde la perspectiva de Chantal Mouff e, por un proceso puramente “contingente” el “principio democrático de libertad e igualdad” se impuso “como la nueva matriz [...] del imaginario político de las sociedades occidentales [...] hace 200 años”, constituyendo “un punto nodal fundamental en la construcción de lo político”.¹⁰ Actualmente se trataría de “radicalizar” este principio, aunque falta saber cómo. Laclau y Mouff e nos proponen pistas muy diferentes entre sí.

2. Ernesto Laclau y la política como retórica

Bajo una forma laica, Laclau retoma el soplo profético de la “teología de la liberación” que, florecía en América Latina en tiempos de su juventud. Lo hace, empero, con ciertas diferencias porque esos teólogos comprometidos recurrieron a un análisis marxista de las clases y del Estado con el que anticiparon los términos de centro y periferia de una aproximación como la del Sistema-mundo. En

⁹ Bidet se refiere a la diferencia en francés entre *rappports* y *relations* para distinguir entre relaciones macrosociales y relaciones interindividuales. Esta distinción no se encuentra en inglés y tampoco en español. Para distinguir *rappports* de *relations* usamos la distinción entre relación y vínculo [N.T].

¹⁰ *Id.*, p. 269

Laclau, en cambio, el orden del discurso tiende a presentarse como la medida de lo real, esto se hace especialmente patente en su otra obra mayor, *La razón populista*,¹¹ publicada 20 años después de *Hegemonía y estrategia socialista*.

El punto de partida de Laclau es una especie de estructuración social general más o menos universal: “una división dicotómica entre demandas sociales insatisfechas, por un lado, y un poder que permanece sordo a estas demandas, por el otro”.¹² Como sabemos, “demandas heterogéneas surgen de grupos dispares”,¹³ no obstante, le corresponde a “la retórica” la tarea de hacerlas converger. Se trata de “los mecanismos retóricos que constituyen la anatomía del mundo social”,¹⁴ porque el discurso “constituye el primer terreno de constitución de la objetividad como tal”.¹⁵ El discurso es, sin dudarlo, la “objetividad” más “profunda”. Laclau trata las categorías de las ciencias sociales como Saussure trataba las de la lengua ordinaria: ellas no definen más que diferencias y relaciones entre diferencias sin hacer aparecer jamás la cosa misma, en este caso, la totalidad viviente de una comunidad. Totalidad que sólo nos puede ser dada en un discurso político que expresa *la falta* [*le manque*] al mismo tiempo que *la espera* [*l’attente*]. “Aquello que falta es una cierta plenitud de la comunidad”.¹⁶ De manera que “el pueblo” del que Laclau habla no es un dato preexistente, *falta* porque todavía no llega a ser. Únicamente puede existir cuando es reunido [*rassemble*] por el populismo cuyo trabajo es comprendido como “una operación performativa que constituye la cadena misma”,¹⁷ esto es, como un acto de habla. “La construcción del pueblo será la tentativa de dar un nombre a esta plenitud ausente”.¹⁸ Seguramente hay una profunda verdad en todo esto: la comunidad siempre está por construirse, y nuestro ser mismo es aquello que nos falta. No obstante, en la obra de Laclau se hace patente una ruta idealista en el juego entre el pueblo y “el pueblo”. Ciertamente, “el pueblo” como plenitud es “aquello que nos falta”, sin embargo, eso no evita que el *pueblo* tenga una realidad como grupo humano que ocupa un territorio y que estructuralmente hace que se escuche un irrefragable “esto es nuestro” cuya garantía es el furor de las armas. Hay una objetividad imposible de negar que define un “Nosotros” exclusivo y del que una ontología retórica populista sólo se hace cargo sublimándolo

¹¹ Ernesto Laclau, *La raison populiste* (Francia, Verso 2005)

¹² *Id.*, p.105

¹³ *Id.*, p.106

¹⁴ *Id.*, p.132

¹⁵ *Id.*, p. 86

¹⁶ *Id.*, p. 106

¹⁷ *Id.*, p. 119

¹⁸ *Id.*, p. 105

Según Laclau, en esta lógica retórica “la equivalencia entre las demandas democráticas insatisfechas” -su reconocimiento mutuo como equivalentes a pesar de su heterogeneidad- sólo puede tener lugar a partir de un significante común vacío de su contenido de demanda particular y capaz de significar todas las otras, tal como se plantea en la figura de la sinécdoque que nombra el todo por la parte. El “significante vacío” es aquel que es capaz de *nominar* esta plenitud del “pueblo que nos falta”. “El vacío existe porque designa la plenitud ausente de la comunidad. El vacío y la plenitud son en realidad sinónimos”.¹⁹ Laclau nos da un ejemplo ilustrativo de “significante vacío”, la palabra “mercado” en la Europa del este después de 1989.²⁰ Por sí misma es un significante económico pero terminó por transmitir su valor a todos los eslabones de la cadena, convirtiéndose en símbolo de una comunidad reencontrada aunque “siempre faltante”. De igual forma podríamos referirnos a la palabra “trabajador”²¹ o bien a la “igualdad”.²² Seguramente, Laclau nos da bellas lecciones de retórica política sobre un terreno bien conocido, designado vulgarmente como “la batalla de las palabras”: una batalla cultural en la política, una batalla política en la cultura. Lugar, al mismo tiempo, de los afectos y del intelecto. Por mi parte, arriesgaría la hipótesis de que en el discurso populista, de derecha o de izquierda, solamente la palabra pueblo juega este papel, Y únicamente lo hace por su riqueza semántica (de denotaciones y connotaciones) y por las ambigüedades relacionadas a ella: pueblo popular, pueblo cívico, pueblo étnico, pueblo nación, pueblo comunidad, pueblo elegido, pueblo revelado, pueblo insumiso, pueblo admirable, pueblo eterno.

La tesis que hace de la “razón populista” una “razón retórica” conduce a otra tesis que es la última palabra del discurso visionario de Laclau. Desde su perspectiva sólo el líder carismático es capaz de otorgarle a un significante vacío la plenitud de su sentido: el maestro de la retórica sabrá encontrar las palabras justas, traducir el “nombre” significante de la cadena entera. Ese nombre singular del que procede “el pueblo (la cadena de equivalentes)”[sic].²³ “Pero -agrega Laclau- la forma extrema de la singularidad es la individualidad”. La individualidad del líder. “De esta manera casi imperceptible la lógica equivalencial conduce a la singularidad y la singularidad a la identificación de la unidad del grupo al nombre del líder”²⁴ No debe asombrarnos qué grandes líderes hayan podido reconocerse en el discurso de Ernesto Laclau.

¹⁹ *Id.*, p. 201

²⁰ *Id.*, p. 117

²¹ *Id.*, p. 107

²² *Id.*, p. 95

²³ *Id.*, p. 110

²⁴ *Id.*, p. 122

3. La trayectoria de Chantal Mouffe

3.1 Una memoria socialdemócrata

A decir verdad, nada parecía predisponer a Chantal Mouffe, al menos en el plano conceptual, a esta aventura populista. Esencialmente, su trabajo personal se sitúa en el gran taller de los debates filosóficos entre demócratas y liberales de diversas escuelas. Sin embargo, antes de entrar en el núcleo teórico del tema me parece esclarecedor comenzar por evocar el imaginario social y político que nos presenta en su último libro. Esto no quiere decir que juzgaremos su teoría a partir de sus opiniones o sentimientos políticos: nada sería más desastroso teóricamente. Sobre todo, porque el otro imaginario, la otra memoria social en el contexto de la izquierda, con la que Mouffe rivaliza y que yo evocaré con *nostalgia* a la manera de Enzo Traverso, también se ha vuelto obsoleta desde hace tiempo.²⁵ Limitémonos a considerar la trama del relato en tres actos sobre el que se sostiene su análisis.

Los años que van de 1930 a 1970 serían “los tiempos de la socialdemocracia”, infatigable promotora de un “Estado providencia” que afirmaría su hegemonía frente al capitalismo. En la memoria (socialdemócrata) de Chantal Mouffe, no existe ni aquella “clase obrera” compuesta de comunistas, trotskistas, anarquistas, laboristas, autogestores y tantos otros izquierdistas de múltiples tendencias opuestas entre sí, ni la red de fuerzas sociales y culturales que a mitad de siglo ya polarizaban en torno a ella -y que aparentemente habrían desaparecido de la arena política (aunque eso es otra cuestión). Todas las conquistas de esa época son atribuidas a la “socialdemocracia”, una verdadera providencia para todos nosotros. Después, de la mano del neoliberalismo, hacia 1970 vendría “el tiempo del consenso al centro”. Sin embargo, la primera señal de la resistencia no llegaría sino hasta la década de 1990 a través de populismos de derecha tales como el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ)²⁶ y el Frente Nacional (FN).²⁷ No habría nada destacable en la izquierda en ese periodo, en resumidas cuen-

²⁵ Bidet hace referencia al libro del historiador italiano Enzo Traverso titulado *Melancolía de la izquierda*. Aquí el francés aclara que su crítica no se dirigirá al hecho de que Mouffe decida contar la historia del siglo XX subrayando el papel de la socialdemocracia y no de la izquierda marxista porque en cierta medida ambas han fracasado políticamente [N.T].

²⁶ FPÖ son las siglas en alemán del Partido de la Libertad de Austria (Freiheitliche Partei Österreichs), una formación conservadora y nacionalista fundada en la década de 1950 pero cuyo auge comenzó en la década de 1970. Actualmente es la tercera fuerza política en Austria [N.T].

²⁷ FN son las siglas en francés del Frente Nacional (*Front Nationale*), un partido de extrema derecha fundado en 1972. En 2018 cambió su nombre a Agrupación Nacional (*Rassemblement National*).[N.T]

tas, serían “años de apatía” en espera del momento del despertar político.²⁸ A partir de la crisis de 2008, surgiría el momento populista. En efecto las cosas habrían cambiado porque la acción *antiestablishment* del populismo de derecha se acompañará por la del populismo de izquierda, el cual florecerá con Syriza, Podemos, la Francia Insumisa, las ocupaciones de las plazas, etc. Evidentemente, para la autora es importante que el populismo de izquierda prevalezca sobre el de derecha. Sobre todo, porque éste será en “los años por venir... el eje central del conflicto”.²⁹ En su relato, que se dirige especialmente al lector francés, las grandes luchas populares surgidas en Francia en 1995 contra el plan Juppé³⁰ o en 2017 contra la ley del trabajo, claramente no han tenido lugar. Lo que ocurre, como veremos, es que estas luchas no caben en su conceptualización.

3. 2 Restaurar un orden normal

Después de *Hegemonía y estrategia socialista*, Chantal Mouffe desarrollará un entramado conceptual original que también se encuentra en sus otros textos de ese periodo. *La paradoja democrática*,³¹ *La ilusión del consenso*,³² *Construir un pueblo* con Íñigo Errejón.³³ De entrada, se impone el tema de una cierta *normalidad* que debe ser recuperada. Para construir el pueblo reconstruyendo la izquierda, que se habría pervertido al incorporarse al centro, conviene *restablecer* un orden *normal* marcando la “frontera” entre una derecha en la que se reúnen las diversas formas de dominación y una izquierda en la que se reúnen las fuerzas de emancipación. Por lo tanto, desde la perspectiva de Chantal Mouffe, hay una escisión esencial que podríamos denominar como “el Gran Antagonismo”. Éste tiene lugar entre el Poder, designado como “la casta” o “la oligarquía” (la cumbre de las finanzas y del aparato de Estado), y el pueblo. La confrontación entre el Poder y el pueblo tendría lugar en un escenario político que conviene “restaurar” –es un término recurrente y esencial– conduciendo a la izquierda a un proyecto hegemónico que unifique, mediante la puesta en equivalencia de todas las demandas de igualdad, a todos los grupos sociales que se oponen a la dominación.

²⁸ Chantal Mouffe, *Pour une populisme...*, p. 34

²⁹ *Id.*, p. 18

³⁰ El *Plan Juppé* era una propuesta de Reforma a la Seguridad Social planteada a mediados de la década de 1990 por el entonces ministro Alain Juppé. [N.T.]

³¹ Chantal Mouffe, *La paradoxe démocratique*, (Francia, Les Beaux Arts, 2016)

³² Chantal Mouffe, *L'illusion du consensus*, (Francia, Albín Michel, 2016)

³³ Chantal Mouffe e Íñigo Errejón, *Construire un peuple*, (Francia, Cerf, 2017)

3.3. El encuentro fortuito entre liberalismo y la democracia

A partir de este punto las cosas se complican, porque esa gran escisión entre los dominantes y los dominados, vagamente análoga a la que se podría encontrar en los discípulos de Marx o Bourdieu (y en otros), se cruza con una segunda escisión, resultado de los debates internos de la filosofía política contemporánea. Entre otras, Chantal Mouffe se inspira en la teoría liberal-democrática de C.B MacPherson. En la pareja liberalismo-democracia, Mouffe ve el encuentro “contingente” de dos tradiciones, la del *liberalismo*, centrado en la libertad, la propiedad privada y los derechos del hombre, y la de la *democracia*, cuyo eje es la igualdad y la soberanía popular. Ella da a entender que en esta pareja se debe reconocer una especie de escisión derecha-izquierda. Pero evidentemente el espíritu de una filosofía que se reivindica como *Ilustrada* no puede oponer estas dos exigencias, de libertad y de igualdad, sino que debe buscar cómo se unen (pero, ¿se trata de un reencuentro *contingente* y no de una pareja formalmente inscrita en una estructura social históricamente definida?). Con todo, Chantal Mouffe, instruida por los derroteros de la socialdemocracia, no quiere verse empujada hacia posiciones tibiamente centristas como las de Rawls o Habermas.

Ella saldrá de esta dificultad mediante un rodeo inesperado que, sin embargo, remite a una idea muy banal, a saber: exhumando a un teórico político sulfuroso como Carl Schmitt quien habría subvertido el apacible espacio filosófico-político al plantear que “lo político” es esencialmente conflictivo. En efecto, si el conflicto desapareciera no habría lugar para la política. Por lo tanto, la pareja central no es la de igualdad/libertad sino la de amigo/enemigo. Este descubrimiento parece haber provocado un verdadero bautismo de fuego para Chantal Mouffe que se mantendrá en un enfrentamiento permanente con el “enemigo”. Elegantemente y sin mucho esfuerzo, se sale con la suya argumentando que si bien retoma esta idea de Schmitt lo hace en el contexto de nuestras sociedades occidentales modernas en las que prevalece la democracia liberal. Por lo mismo, no se trata ya de enemigos a eliminar, sino de adversarios a combatir sólo que de forma “respetuosa”. ¿Cómo no lo habíamos pensado? Chantal Mouffe denomina este retorcimiento conceptual como la transformación del antagonismo en “agonismo”: un combate respetuoso. Ahora bien, ¿cómo se manifiesta este “combate”? Éste se desarrolla pacíficamente en las diversas esferas de la sociedad, a partir de toda la panoplia de formas populares de resistencia e iniciativa, y se espera que esta “estrategia” conduzca a la victoria electoral del populismo de izquierda -aunque esto no se dice explícitamente. Pero, ¿“respetar” al “adversario” significa darle la posibilidad de expresarse y organizarse políticamente? En la óptica de este populismo de izquierda, el conflicto político no puede concebirse más que en el marco del “pluralismo”, un concepto clave para Mouffe. ¿Qué demócrata podría contradecir esto?

3.4. *El Gran Antagonismo tomado como pluralismo*

Sin embargo, uno se puede preguntar qué ha ocurrido en este planteamiento conceptual con la gran confrontación entre el Pueblo y el Poder que motivaba al populismo. Al parecer esta cuestión simplemente ha desaparecido. Porque el “pluralismo” como elemento constitutivo de la “democracia liberal”, pluralismo de partidos, se entiende como el dispositivo mediante el cual se deben reglamentar todos los conflictos sociales, éticos, culturales y otros -al menos esto es lo que se espera de él. Esto significa que el “Gran Antagonismo” y los “diversos antagonismos -podemos llamarlos así- serán tratados por los mismos procedimientos de carácter *parlamentario*, aun cuando en uno se opone el Poder y el Pueblo y el otro concierne a las múltiples contradicciones que se pueden encontrar en el seno de una sociedad. De esta adaptación general al agonismo surge un verdadero milagro: el Gran Antagonismo se disuelve en los diversos antagonismos. Sin duda el poder de los de arriba, el de la “casta”, permanecerá ahí pero, en tanto que teórica de “lo político”, Chantal Mouffe no tiene mucho que decir al respecto. Esto es así porque, al ser elaborada en el registro puro de “la política”, su “teoría de lo político” no dispone de conceptos apropiados para el análisis de las sociedades: ella no puede hacer otra cosa que transponer el *conflicto societal* - anteriormente concebido como una “lucha de clases” en la que el mecanismo de explotación se generaba por una acumulación infinita en las manos de una ínfima minoría de intereses ciegos, un mecanismo cuyo funcionamiento arriesgaba la vida de las personas y la supervivencia de la naturaleza- en una *confrontación política* entre proyectos pacíficos opuestos. En efecto, en este escenario político en el que se nos llama a “combatir”, el Poder de los dominantes, preparado en su camerino, se plantea como un “proyecto”. Un proyecto en acto seguramente, pero cuya puesta en práctica se analiza como un proceso político del que forman parte todos aquellos que lo comparten: los partisanos de la derecha, en todos los niveles. El “Adversario” del pueblo, el Poder de los de arriba, se transforma en otro adversario: la derecha, en la que están considerados por igual todos aquellos que la respaldan. El conflicto entre “Ellos y Nosotros” se mitiga al convertirse en un problema “entre nosotros”: partisanos de derecha contra partisanos de izquierda. Desde la perspectiva de Chantal Mouffe, ésta sería la situación normal, aquella que es necesario “restablecer” restaurando la frontera entre “Ellos y Nosotros”.

3.5 *Los secretos del palimpsesto*

Si esta desaparición del “Gran Antagonismo” en el sombrero de mago pasa desapercibida es porque aquí se pone en juegos una ingeniosa *estratagema* que consiste en superponer diversas capas de formulaciones teóricas, más o menos

fundadas entre sí, a la manera de un *palimpsesto*, de tal manera que a menudo, después de lecturas y relecturas, resulta difícil saber en dónde está el truco. Su tesis central, orgullosamente anunciada, una verdadera baladronada en contra de los liberales, es que sólo existe política debido al *conflicto*. Sin embargo, ¿nos habla del conflicto entre los grupos en general?, ¿entre el pueblo y el poder?, ¿entre la derecha y la izquierda?, ¿en el seno de toda comunidad?, ¿de la insuperable tensión entre valores liberales y valores democráticos?, ¿entre libertad e igualdad? El lector se queda dudando permanentemente porque estas diversas parejas son evocadas en los mismos términos: “tensión”, “confrontación”, “conciliación”, “conflictividad”, “coexistencia” entre momentos opuestos. En realidad, no hay que preocuparse mucho: en el fondo, se trata de todo eso en conjunto. De hecho es esto lo que le da a la obra su “encanto” filosófico y, al mismo tiempo, su aparente facilidad, provocada precisamente por su imprecisión (en sintonía con la idea de lo “flotante” que Laclau convierte en una marca de la política) – al menos hasta el momento que uno se pregunta cómo funciona esa sabiduría de la escritura política, es entonces cuando comienzan los rompecabezas .

Ahí donde Laclau resolvía los problemas de lo político mediante la *retórica* argumentando que en sí mismo lo social es retórica, Mouffe los resolverá por la política, mediante el argumento de que todo es política y que el “orden social” está constituido de “proyectos adversos”. En efecto, ¿quién podría negar que la derecha y la izquierda se *presentan* clásicamente como dos grandes proyectos opuestos que se decantan en microproyectos capaces de influir en todos los puntos de fricción y afectar las diversas categorías sociales? No obstante, debería notarse que, así concebida, la política se encuentra encerrada en su propio discurso. Aunque es verdad que las contradicciones sociales sólo pueden resolverse por la ruta política, esto no significa que deban ser *pensadas* a partir de la política. Sin embargo, para analizar lo real Chantal Mouffe, teórica de lo político, únicamente dispone de los conceptos de la filosofía política. A partir de las demandas de igualdad (el mismo “punto de partida” que Laclau) su empatía democrática la lleva a descubrir las desigualdades, las cuales son convertidas en formas de “subordinación” –un concepto que funciona como denominador común y que subsume todas las desigualdades en el vacío debido a su alcance limitado (así la explotación, reducida a una subordinación, deja de ser el principio de acumulación de capital). De esta forma, su investigación se limita al examen de esas demandas democráticas y su objetivo no es otro sino buscar sus convergencias. De ahí que el análisis del discurso se vuelva análisis sociopolítico. Me parece que a este acercamiento habría que objetarle que aun cuando las relaciones sociales abren un campo para prácticas que, estando provistas de sentido, son indisolublemente materiales y discursivas, no por ello deben di-

luirse en esta *discursividad*. Ciertamente es necesario hacer que estos discursos, sobredeterminados de diversas maneras, converjan en proyectos comunes. Sin embargo, eso sólo es posible a partir del examen de las relaciones sociales en sí mismas. ¿Acaso podemos imaginar una propuesta de teoría política que no haga referencia a una teoría de la sociedad?

3.6 *Lo real como proyecto, la tarea del líder*

Como sabemos, son las relaciones sociales en sí mismas las que debemos transformar. Esto supone que se analicen las estructuras que las constituyen, sus tendencias históricas y las relaciones de fuerza que se dibujan en las coyunturas. Pero en tanto filósofa política Chantal Mouff e no coloca nada de esto en su agenda. En efecto, para ella el orden social únicamente está constituido de proyectos antagónicos formulados en un contexto en donde sólo existen los resabios de las sedimentaciones de proyectos anteriores: no hay ninguna “objetividad más profunda”.³⁴ A esto se le puede llamar una “decisión filosófica”. Por lo tanto, es forzoso preguntarse, ¿cómo es que los capitalistas pueden ser capaces de acumular semejante potencia que les permite nutrir estos proyectos?, ¿mediante qué procesos puede constituirse semejante concentración de poder económico y político? Lo mismo vale para la oligarquía del “Aparato de Estado”, para las estructuras del patriarcado y la configuración del Sistema-mundo, así como para comprender la manera en la que se enlazan todas estas formas sociales. Es cierto que las “teorías” disponibles pueden ser deficientes; pero los teóricos de lo político deberían ser los más comprometidos en su refundación y reconstrucción. Para apreciar en su justa medida los “proyectos” en cuestión, ¿no habría que intentar saber cuáles son las fuerzas sociales inmiscuidas, los factores que las hacen surgir y las articulan entre sí? Chantal Mouff e trata lo político a partir de lo político. En ningún momento se pregunta por las condiciones estructurales de esos fenómenos, únicamente remite a la experiencia vivida.

De ahí la cautela respecto a “los miembros de la extrema izquierda que tienen la misión de hacer que las personas tomen conciencia de la verdad de su situación”. Porque, “en lugar de designar al adversario de una manera que permita identificarlo recurren a categorías abstractas como la de capitalismo, y escapan entonces a movilizar la dimensión afectiva que siempre puede hacer a un pueblo actuar políticamente”.³⁵ ¡Ah, el pueblo bueno [*le peuple brave*]! El populismo de izquierda pretende crear un “régimen nuevo de deseos y de afectos”, “alcanzar los afectos”, partiendo de “problemas que las personas encuentran

³⁴ Chantal Mouffe, *Pour un populisme...* p. 124

³⁵ *Id.*, p. 77

en su vida cotidiana”.³⁶ Mouffe se impone la tarea de reformar los afectos en el sentido spinozista de la felicidad, esto es: “dotarlos de una visión del porvenir que les dé esperanza en lugar de mantenerse en el registro de la denuncia”.³⁷ En resumen, el pueblo no está listo para el análisis crítico. Háblémosle de paraísos del mañana [*lendemains qui chantent*].

No resulta asombroso que, en estas condiciones, Chantal Mouffe también haya tenido necesidad de apelar a un gran líder. “Para crear una voluntad colectiva a partir de demandas heterogéneas –escribe en *Construir el pueblo*– hace falta un personaje que pueda representar su unidad, creo entonces que no puede haber un momento populista sin líder”.³⁸ Ahora complementa su postura añadiendo que no hay grandes movimientos políticos que “no hayan conocido un líder”, y que “no hay razones para asimilar un líder fuerte con el autoritarismo”. Todo depende del tipo de relación establecida entre el líder y el pueblo. Al primero se le puede representar como “primus inter pares”.³⁹ Sin embargo, ¿acaso no es la tarea del pueblo, a través de cada uno de sus miembros, “construir la equivalencia”? ¿No es a los ecologistas a quienes les corresponde descubrir que no son ecologistas si sus exigencias no contienen al mismo tiempo el tema “social”, el feminismo, el antirracismo....al igual que a las feministas o a los sindicalistas, etc., les corresponde hacer lo mismo respecto a su propio nicho? A menos claro que se deba confiar el papel de establecer “los lazos afectivos que unen a un pueblo a un líder carismático”.⁴⁰

3.7 La negociación entre libertad e igualdad

Cualquiera que sea el aporte del gran líder, el hilo conductor y la propuesta de Chantal Mouffe es su trama filosófico política marcada por la voluntad de asociar los valores de la libertad, mantenidos por el liberalismo, y los valores de la igualdad, contenidos en la democracia. Desde que escribe que un orden social está estructurado por “relaciones de poder” que se instituyen a través de “proyectos hegemónicos opuestos”, los cuales se confrontan en el espacio público,⁴¹ se sitúa, a pesar de su rechazo, en el mismo terreno que Habermas: el de las relaciones políticas “comunicativas”. La acción comunicativa, y es esto lo que la define, no puede plantear (pretensiones de) “verdad” sin referirse al mismo tiempo a (declaraciones de) algún “valor”. Así es como lo entiende Chantal

³⁶ *Id.* p 110

³⁷ *Ibidem*

³⁸ Chantal Mouffe e Iñigo Errejón, *Construire un peuple...*, p. 169

³⁹ *Id.*, p. 102

⁴⁰ *Id.*, p. 102

⁴¹ *Id.*, p. 130

Mouffe: no hay “democracia” sin “fidelidad a los valores éticos y políticos que constituyen sus principios de legitimidad y a las instituciones en las que se inscriben”.⁴² Es precisamente esto lo que se manifiesta “en la puesta en escena de una confrontación reglamentada por procedimientos aceptados por los adversarios”,⁴³ y es también la situación que Chantal Mouffe considera deseable. En realidad, se trata de una formulación que es típicamente habermasiana, con una sola diferencia: mientras que Habermas argumenta de manera “contrafáctica”, ella considera esta circunstancia como algo “adquirido”... al menos en principio. Ciertamente, “el problema de las sociedades democráticas modernas era [...] que sus principios fundadores de libertad y de igualdad para todos no eran aplicados”. A pesar de ello, estos “recursos simbólicos de la tradición democrática”, “continúan jugando un rol decisivo en el imaginario político de nuestra sociedad”.⁴⁴ Seguramente, Chantal Mouffe toca aquí un punto esencial. Sin embargo, para aclararlo, faltaría un análisis (una teoría) de las relaciones entre el discurso que alimenta el imaginario y lo estructural, aquí solamente esbozado mediante el juego de los proyectos antagonistas presentados como la realidad social última

3. 8. *El adiós a la izquierda*

En *La ilusión del consenso*, Chantal Mouffe “invita a privilegiar la dimensión agonística de la política revitalizando la distinción derecha/izquierda”.⁴⁵ Sin embargo, desde su perspectiva, “lo que está en juego en la oposición derecha izquierda, no es un contenido particular, sino el reconocimiento de la división social y la legitimidad del conflicto”, incluso si esta escisión “remite ciertamente a actitudes diferentes respecto a la redistribución social”.⁴⁶ Es difícil encontrar una confesión más “socialdemócrata centrista”. “Esta oposición -agrega ella- plantea la existencia, en el seno de toda sociedad democrática, de una pluralidad de intereses y de reivindicaciones que, aunque estén en conflicto y no puedan nunca ser definitivamente reconciliadas, deben sin embargo ser consideradas como legítimas”.⁴⁷ Se trata de una referencia a Norberto Bobbio y también, porque todo es posible en este género literario del “palimpsesto”, a Niklas Luhman, para quien la democracia moderna “exige una separación neta entre el gobierno y la oposición con el objetivo de que los ciudadanos puedan

⁴² *Id.*, p.131

⁴³ *Id.*, p.130

⁴⁴ *Id.*, p. 64

⁴⁵ Chantal Mouffe, *L' Illusion du consensus...*, p.180

⁴⁶ *Ibidem*

⁴⁷ *Ibidem*

hacer una elección entre diferentes formas de organización de la sociedad”.⁴⁸ Como es sabido, Luhmann era un pensador del “funcionalismo” más que del antagonismo. No obstante, Chantal Mouffe también sostiene que la sociedad “funciona” bien a pesar de la fidelidad a diversas parejas de valores “en tensión” entre sí –éste es un conjunto terminológico recurrente en su obra. En definitiva, el pluralismo fundado sobre una pluralidad de intereses y de valores irreconciliables, entre los cuales sin embargo debe asegurarse una coexistencia pacífica, constituye el concepto último de este populismo de izquierda. Como se ha visto, el capitalismo, cuyo lugar natural eran, en palabras de Marx, “las frías aguas del cálculo egoísta”, termina por ser reciclado en las aguas dulces del pluralismo.

El conflicto, he ahí la esencia de lo político: el conflicto pacificado. La democracia, comprendida como la expansión del pluralismo, se convierte en su propio fin. Los únicos enemigos verdaderos, en este mundo de adversarios asociados que comparten los beneficios de la pluralidad, son aquellos que rechazan el pluralismo. El peligro, como señala Mouffe en toda la última parte de *Por un populismo de izquierda*, no es que el proyecto de los de arriba se imponga sobre el proyecto de los de abajo. Es, por el contrario, que la confrontación democrática sea “reemplazada por una confrontación entre valores morales y formas esencialistas de identificación que no sean negociables”. ¿El peligro islámico o el peligro populista? El lector debe elegir alguno de los dos.

De cualquier manera, en *La paradoja democrática* Chantal Mouffe ya nos había prevenido al respecto. Aquello que es paradójico es que “el liberalismo y la democracia, en su dimensión de sufragio popular, están sometidos a una tensión suscitada por sus diferentes lógicas de funcionamiento”.⁴⁹ En conclusión: “la política democrática pluralista consiste en hacer practicables de modo pragmático, precario y a través de forzamientos inestables, negociaciones de esta paradoja constitutiva”.⁵⁰ En esta obra, destinada a un público universitario, y en la que no se evoca el Gran Antagonismo, Chantal Mouffe rechaza la *deliberación*, la “política deliberativa” de Habermas, para sustituirla por la consigna de “la negociación pragmática entre fuerzas políticas”,⁵¹ cuyo objeto, como se ha visto, es la relación paradójica entre libertad e igualdad. En el palimpsesto se superpone la pareja de fuerzas políticas (izquierda/derecha) y la pareja de valores (libertad/igualdad), mediante un oscuro pragmatismo que visiblemente no hace otra cosa que designar el *arreglo* entre los valores y los intereses (entre las “fuerzas sociales” que los detentan). Como podemos ver, los trucos de Chantal Mouffe no nos llevan mucho más lejos que las visiones de Ernesto Laclau.

⁴⁸ *Ibidem*

⁴⁹ Chantal Mouffe, *La paradoxe démocratique...*, p.115

⁵⁰ *Id.*, p. 21

⁵¹ *Id.*, p. 18

El adiós al socialismo

De esta forma se comprende porqué la palabra socialismo que figura en el título de *Hegemonía y estrategia socialista* de 1985, prácticamente desaparece en *Por un populismo de izquierda*. Si no me equivoco este término aparece una sola vez “entre los nombres que podrían ser utilizados para significar la revitalización y la profundización de la democracia”.⁵² Se podrá escoger entre “socialismo democrático”, “eco-socialismo”, “socialismo liberal” (en referencia a Bobbio), o de manera “equivalente”, según la “trayectoria”, “democracia asociativa” o incluso “democracia participativa”. De manera que el socialismo puede desaparecer sin muchos inconvenientes. Al final, la trayectoria de Chantal Mouffe es la expresión de un nuevo sentido común socialdemócrata.

Bibliografía

Laclau, Ernesto/Chantal Mouffe, *Hégemonie et strategie socialiste*, Francia, Verso, 2019

Laclau, Ernesto, *La raison populiste*, Francia, Verso, 2005

Mouffe, Chantal, *La paradoxe democratique*, Francia, Les Beaux Arts, 2016

Mouffe, Chantal, *L'illusion du consensus*, (Francia, Albin Michel, 2016

Mouffe, Chantal/Iñigo Errejón, *Construire un peuple*, Francia, Cerf, 2017

Mouffe, Chantal, *Pour un populisme de gauche*, Francia: Albin Michel, 2018

⁵² Chantal Mouffe, *Pour un populisme...*, p. 78

